

¿Vidas indignas?

La Veguilla es una pujante empresa, concebida para que personas con deficiencias mentales vivan con autonomía, en respuesta a la encíclica *Laborem exercens* y a una angustia común entre sus padres: *¿Qué pasará con ellos cuando nosotros faltemos?*



Una tarde de viernes, a las afueras de Madrid, decenas de personas suben a un autobús. Son de diferentes edades y acaban de terminar su jornada laboral. Son los trabajadores de La Veguilla, un Centro Especial de Empleo para deficientes mentales, gestionado por don José Alberto Torres. La iniciativa nació hace veintisiete años, de la preocupación de los padres y de niños deficientes por su futuro: *¿Qué pasará con ellos cuando ya no estemos?* La Veguilla, que era un centro educativo para discapacitados, se convirtió entonces en un

centro de empleo, formación e incluso en hogar para casi 200 discapacitados. Pero, sostenido por ellos mismos, es hoy una empresa en auge que vende más de cinco millones de macetas a clientes privados y a mayoristas, y también uno de los más innovadores laboratorios de biotecnología de Europa, que crea nuevos cultivos y los patenta.

En el centro de todo, como explica el señor Torres, hay chicos y chicas, hombres y mujeres cansados de una misma experiencia de fracaso: «Están hartos de que les engañen, en muchas ocasiones

con buena voluntad. Sus familiares les dicen que son muy guapos, pero luego otras personas les hacen sentir que son horrorosos. En su casa les dicen que son muy listos, pero se dan cuenta de que nunca les dejan ir en autobús solos y que las tareas más simples se las encargan a sus hermanos más pequeños». Entonces, «acaban no sabiendo manejarse, y no es por su discapacidad, sino porque no les han enseñado, ni han confiado en ellos».

En La Veguilla, algunos han fundado sus propias familias, como Gonzalo y Pilar, que se casaron hace años en una boda en la que José Alberto ejerció de padrino. Y llegó el día en el que Gonzalo, con gesto serio, le preguntó si podía hablar con él, y Pilar incluso se pintó los labios antes... Tenían una pregunta: «Queremos tener un hijo, pero ¿será igual de tonto que nosotros?» Torres respondió que en su caso, al no ser genético, muy probable no sería. El hijo tiene ya más de diez años y, «naturalmente, tiene la cabeza mucho más clara que nosotros», lo que para sus padres a veces no resulta fácil.

Son muchos los relatos de personas que constituyen la historia de La Veguilla. Ahora, debido al crecimiento de la empresa y también de los demandantes a formar parte del centro, se va a construir un nuevo edificio en otra zona de Madrid. La propuesta que José Alberto hace a sus vidas viene de su camino personal de fe. «Esto surgió en 1981, el año internacional del discapacitado. Y para mí lo más importante era tomarme en serio la encíclica papal *Laborem exercens*, no tanto llevar a cabo teorías de *terapia ocupacional*, relata. «Dios nos llama a todos a la santidad y, en nuestro trabajo diario, nuestra tarea es encontrar a Dios y servir a los demás».

Uno de los empleados de La Veguilla

Teresa Ekobo